



PATRIMONIO NATURAL: EL HUMEDAL DE TUNQUÉN.

Cinco experiencias patrimoniales para redescubrir lo nuestro

El Día de los Patrimonios se ha transformado en una de las fechas más esperadas del calendario cultural chileno. Es la excusa perfecta para abrir puertas, explorar rincones y reconectar con nuestra historia y diversidad. Pero no hace falta esperar una fecha especial: aquí te proponemos cinco panoramas accesibles y encantadores en la región, que puedes disfrutar todo el año, gratis o a precios muy convenientes.

Humedal de Tunquén: paraíso de la biodiversidad

A solo 45 minutos de Valparaíso, Viña del Mar o Quilpué, el Humedal de Tunquén es un regalo de la naturaleza. Declarado Santuario en 2014, es un ecosistema donde el agua y la tierra se entrelazan, dando vida a una biodiversidad sorprendente. En sus 95 hectáreas florece el bosque esclerófilo costero con especies como peumos, boldos y colihues, mientras que entre su fauna destacan aves como el cachudito, la turca y el rayador, así como reptiles endémicos y anfibios como la rana chilena. El humedal también sirve de escala para aves migratorias como la gaviota de Franklin. Su gestión está a cargo de la Fundación Sara Hernández, que impulsa programas de conservación, educación ambiental y actividades comunitarias. Solo se paga el

estacionamiento (\$3.500) y, como buen santuario, se deben respetar reglas básicas: no se permite hacer picnic, ingresar con mascotas o salirse de los senderos. Un lugar ideal para conectarse con la vida silvestre, aprender y cuidar.

Av. Urmeneta y Parque Brasil: lo más típico de Limache

Limache guarda tesoros urbanos poco conocidos y uno de ellos es este paseo cargado de historia. La Avenida Urmeneta y el Parque Brasil forman parte del corazón de la ciudad y fueron reconocidos como Zona Típica en 2023. Su historia comienza a mediados del siglo XIX, con la llegada del ferrocarril Valparaíso-Santiago, que convirtió a Limache -entonces un polo industrial importante y hogar de acaudaladas familias- en un punto clave del trayecto. El parque fue diseñado con esmero: tuvo glorieta, laguna y árboles traídos desde la Quinta Normal. La idea era combinar belleza y funcionalidad, y todavía hoy ese espíritu se respira. Las casas que rodean el sector dan cuenta de distintas épocas y estilos: coloniales, victorianas, art déco... Un verdadero museo a cielo abierto que se recorre en una caminata tranquila por la impresionante arboleda de Urmeneta, además gratuita y posible en cualquier momento del año. Perfecto para quienes disfrutan mirar

con otros ojos los rincones cotidianos.

Museo La Sebastiana: el Neruda del Puerto

Un imperdible es la casa-museo de Pablo Neruda que corona el Cerro Florida en Valparaíso. Este lugar, más que una vivienda, es un poema arquitectónico que refleja el alma del Nobel chileno. Construida originalmente por el español Sebastián Collado en la calle Ferrari 692, la casa quedó inconclusa tras su fallecimiento. En 1959, Neruda la adquirió junto a sus amigos Francisco Velasco y María Martner, quienes se quedaron con los primeros pisos, mientras el poeta ocupó los superiores. La inauguró el 18 de septiembre de 1961 con una fiesta memorable, bautizándola "La Sebastiana" en honor a su primer propietario. Desde sus ventanales, se despliega una vista panorámica de la bahía porteña, que inspiró al poeta en numerosas ocasiones. En su interior, se conservan objetos curiosos y colecciones que reflejan su amor por el mar y la historia, como mapas antiguos, un retrato de Lord Cochrane y un óleo de José Miguel Carrera.

Tras años de abandono, fue restaurada en 1991 y abierta al público como museo. Hoy, es un Monumento Nacional que recibe a miles de visitantes al año, ofreciendo una experiencia íntima con la vida y

obra de Neruda.

Visitar La Sebastiana es sumergirse en el universo creativo de Neruda, en un rincón donde cada objeto y rincón cuentan una historia. Una parada obligada para quienes deseen conectar con la esencia del poeta y la magia de Valparaíso.

Dulces de La Ligua: manjares y algo más

Un clásico de la carretera chilena. Al llegar al kilómetro 140 de la Ruta 5 Norte, el paisaje cambia con la aparición de las "palomitas": vendedoras de dulces que agitan sus pañuelos blancos con una sonrisa. Los dulces de La Ligua -empolvados, alfajores, chilénitos y príncipes- tienen historia: su origen se remonta al siglo XVII y su dulce fama se consolidó con la expansión ferroviaria en el XIX. Pero no solo es la receta lo que se valora, sino también la forma tradicional de venta -en canastos de mimbre y con impecables delantales blancos- fue reconocida en 2017 como Patrimonio Cultural Inmaterial. En estos dulces, al alcance de cualquier visitante de la zona, viaja una parte de nuestra identidad: técnicas heredadas de la repostería española, sabores locales y una forma única de encuentro humano. Más que un antojo, estos deliciosos dulces son parte viva del patrimonio. Y sí, aún se compran en la carretera, en los terminales de

buses de La Ligua y alrededores y en las fábricas ubicadas en la ciudad.

Palacio Rioja: un lujo en Viña del Mar

Para sumergirse en la elegancia de la Belle Époque chilena, no hay mejor escenario que el Museo Palacio Rioja. Ubicado en calle Quillota 214, este palacio de estilo neoclásico francés fue construido entre 1907 y 1910 por encargo del empresario Fernando Rioja Medel, con diseño del arquitecto Alfredo Azancot. Declarado Monumento Histórico Nacional, es un ícono patrimonial de la ciudad jardín.

Hoy alberga el Museo de Artes Decorativas, con una valiosa colección de muebles, adornos y objetos que reflejan el estilo de vida de la aristocracia chilena de principios del siglo XX. Entre sus salones destacan el Salón Imperio, el Salón de los Espejos y la Sala Rosada, decorados con refinado gusto europeo.

Además de su valor arquitectónico e histórico, el museo es un espacio cultural vivo: ofrece exposiciones temporales, talleres y actividades pensadas especialmente para las vecinas y vecinos de la ciudad. Y lo mejor de todo: la entrada es siempre gratuita. Visitar el Palacio Rioja es viajar al pasado y, al mismo tiempo, reencontrarse con una comunidad que celebra y cuida su patrimonio. ♦



PATRIMONIO GASTRONÓMICO: DULCES DE LA LIGUA.